



Pascua 2013

Domingo de Resurrección

“Como ondas en el agua...”

Hacerse amigos de todos

Tomado de: HNO. JOHN DE TAIZÉ, *Una multitud de amigos. La Iglesia en la hora de la mundialización*, Sal Terrae, Santander 2012.

Un tema cada vez más pertinente en nuestros días es la coexistencia de grupos con prácticas y creencias espirituales distintas, o que no tengan ninguna, en un mismo espacio geográfico.

Históricamente, las distintas religiones nacieron y se desarrollaron en distintas partes del planeta, tanto es así que parecían indisolublemente vinculadas a la civilización en la que habían crecido. Debido a la presión de la globalización, en las sociedades contemporáneas hay más contacto entre personas de orígenes distintos y, como resultado, las religiones que no son la de uno no se perciben como algo exótico. En Occidente, vemos cada vez más gente que vive sin una referencia explícita a sus raíces cristianas o judías, incluso ignorando en muchos casos hasta qué punto han tenido influencia en el universo sociocultural en el que se mueven. Ante un mundo tan plural, muchos cristianos se preguntan qué actitud convendría tener.

Esta cuestión se sitúa en primera línea debido a dos dinámicas distintas llevadas a cabo por algunos creyentes. Por una parte, en obediencia al “gran mandamiento” de Jesús, los cristianos se sintieron muy pronto llamados a “ir y hacer discípulos a todas las gentes” (Mateo 28:19). Estas palabras son un resumen de la perspectiva misionera de la Iglesia, y durante siglos han motivado a numerosas personas a dejar sus casas con el fin de difundir el Evangelio a otras sociedades y culturas. Hoy tendemos a ser más conscientes, a veces de manera excesiva, de los límites de esta empresa. Sabemos que, en muchos casos, junto al mensaje de Jesús se impusieron otros valores y prácticas que tenían menos que ver con ese mensaje que con las exigencias de la civilización europea en plena expansión. Pero aunque los porqués y los cómo de la misión han exigido reflexión y han evolucionado, no es fácil entender cómo podríamos negar esta idea central del mensaje cristiano sin poner en cuestión el mismo Evangelio.

Por otra parte, la creciente globalización ha estimulado el deseo de un entendimiento mutuo y de una coexistencia pacífica. Esto ha conducido a lo que hoy llamamos diálogo interreligioso, a través del cual se reúnen cristianos, budistas, judíos, musulmanes, hindúes y otros para compartir en un nivel de igualdad. Aunque este diálogo tiene distintas dimensiones, una de las condiciones básicas es que los que lo practiquen no tengan ulteriores motivos. No se trata de enseñar a otros que tienen razón, que su visión es la única o la mejor, sino fundamentalmente de escuchar, aprender y compartir. Esto no

quiere decir, por supuesto, que tengan que negar o poner entre paréntesis sus propias creencias, pues en ese caso ningún diálogo sería posible. Este diálogo exige una voluntad para ver la realidad desde el punto de vista del otro, una capacidad para dar un salto e imaginar una visión de un mundo radicalmente distinto al que nosotros tenemos.

Inevitablemente surge la cuestión de la relación entre estas dos dinámicas. ¿Deben los cristianos abandonar la misión de propagar la Buena Noticia con el fin de tener relaciones menos conflictivas con los demás? O bien, de forma inversa, ¿deberían renunciar al diálogo, o incluso transformarlo en un simple pretexto para predicar su verdad? O incluso, ¿están condenados a vivir con una especie de doble conciencia, haciendo al mismo tiempo dos esfuerzos aparentemente contradictorios sin inquietarse de la relación entre estas dos dinámicas?

La visión aquí propuesta trata de ofrecer una salida a este aparente dilema. El mensaje fundamental que la Iglesia de Jesucristo quiere proclamar y comunicar, y que no puede ocultar sin dejar de ser lo que es, es el de una comunión universal en Dios. Más concretamente, hemos descrito este mensaje como una propuesta de amistad hacia todos. En consecuencia, los cristianos cumplen su vocación de la mejor manera cuando tratan, a partir de su fe, de hacerse amigos de personas de orígenes diversos. Y la amistad, por naturaleza, no es interesada, no es un medio para obtener otro objetivo sino que se justifica por sí misma.

Ya estén en un diálogo interreligioso o ya lleven a cabo otras actividades para dar un testimonio más explícito de su fe, los cristianos están llamados a mostrar la misma actitud fundamental de gratuidad. Jesús dijo « Habéis recibido gratis, dadlo gratis » (Mateo 10,8). Que no traten de hacer adeptos por encima de todo, como si fueran miembros de un partido político, o de vender algo, intentando convencer a sus eventuales clientes de que su producto es el mejor. Han recibido un don inmerecido y sin precio: la buena noticia de que en Jesucristo, Dios ha derrumbado todas las barreras que los hombres habían erigido entre ellos y la Vida divina, y en consecuencia, las barreras entre los hombres no tienen ya importancia (cf. Gálatas 3,28). Dan testimonio de esta buena noticia sobre todo queriendo ser amigos de todos, tendiendo la mano a los que incluso rechazan su amistad.

Esto quiere decir que, para dar el mejor testimonio de su fe, los creyentes en Cristo deben examinar sus propias motivaciones constantemente. ¿Están interesados, en primer lugar, en compartir la buena noticia, con sus palabras y sobre todo a través de su forma de vivir, convencidos de que su mensaje tiene un poder de atracción inherente que sólo puede debilitarse cuando va acompañado de métodos humanos de persuasión? ¿Han extirpado de sus corazones todo sentimiento de superioridad, recordando que llevan el tesoro del Evangelio en vasijas de barro (cf. 2 Corintios 4:7)? ¿Son conscientes de que, escuchando a otros, incluso a aquellos con los que no tienen aparentemente nada en común, inevitablemente aprenderán algo que les ayude a profundizar en su propia fe, algo que les ayudará a entender mejor a Cristo, a quien proclaman y por quien dicen vivir?